

El punto sobre las íes

Carlos Ferrero

I. ¿Hubo influencia de la crisis política previa en la forma como se solucionó el conflicto?

Absolutamente ninguna.

Las negociaciones para resolver la toma de la embajada corrieron siempre en «paralelo» a los demás problemas del país y no enganchadas -como quería alguna oposición- a toda la cuestión política nacional.

Salvar a los rehenes fue siempre la prioridad número uno. La decisión de cómo hacerlo dependía del curso de las negociaciones y jamás de un determinado «momento político». Entendimos siempre que el único detonante sería que la vida de los rehenes estuviese en peligro y que se diesen condiciones para ingresar con éxito. Es decir, con crisis o sin crisis, llegado el momento había que intentarlo, pues de lo contrario podría ser demasiado tarde.

Información de inteligencia recogida de la embajada por los micrófonos secretos, demostró que los captores no tenían intención alguna de llegar a un acuerdo negociado forzando así la intervención militar, pues nada se ganaría prolongando la intervención.

Suponer que el gobierno del Perú fuese capaz de demorar la toma o de adelantarla para esperar un momento político «adecuado», es un pensamiento perverso que sólo descalifica a quien lo enuncia. Cualquiera que fuese el estado de la situación política en un día determinado, si las cosas salían mal, gravísimo sería el perjuicio. Por tanto, en una situación de tanto riesgo y elevada responsabilidad, las cuestiones políticas del momento simplemente pasaban a segundo plano.

De otro lado, tal como lo demuestran las encuestas de la semana siguiente a la toma, la gente sigue exigiendo que algunos temas políticos candentes sean tratados por el gobierno no obstante el éxito obtenido en el rescate. No tengo ninguna duda de que el presidente Fujimori siempre supo que cualquiera que fuese el resultado de la operación, ella no borraría ni haría desaparecer otros problemas pendientes en el país. Creer que el gobierno pensaba que tomando la embajada resolvía todos los problemas políticos del país, es subestimar completamente a un presidente con siete años de ejercicio y ganador de cuatro elecciones sucesivas. Peor aún: tan grotesco raciocinio implica un desprecio a la inteligencia y sentido común de los peruanos que bien saben que el rescate de la embajada no resolverá otras importantes cuestiones pendientes en la agenda política.

II. ¿Cuál debe ser la actitud del gobierno frente a los problemas que estaban en el escenario político antes de la recaptura de la Embajada?

Los problemas pendientes al momento de la toma y los ocurridos hasta el instante que usted lee este artículo deben ser encarados por el gobierno como corresponde. Ninguno ha de congelarse ni se morirá de inanición. Sin embargo, justo es destacar que no todas son acciones que llaman al Ejecutivo.

El caso **Popular y Porvenir** ingresó por fin a la Comisión de Fiscalización del Congreso, y se espera que los denunciantes originales, conocido el dictamen de archivamiento del fiscal supremo (que **no** depende del gobierno), entreguen la documentación acusatoria adicional que según ellos ameritaría un nuevo proceso.

En el tema de la agente torturada, al escribir estas líneas ya estaban siendo llamados a declarar por el fuero común dos muy altos oficiales del Ejército, y se espera pronto una contienda de competencia que saque del asunto al fuero militar, como debe ser.

El caso de la agente descuartizada está en manos de la Policía, que deberá entregar sus resultados al Ministerio Público y al Poder Judicial. Nadie más interesado que el gobierno en demostrar que ninguna fuerza paramilitar autónoma estaría cometiendo tales atrocidades. Si después de seis años La Cantuta sigue siendo un clavo de acero en el cráneo social del Perú, podemos imaginar lo que sería si el tema de la agente del SIN secuestrada y asesinada no es resuelto... ahora.

En lo que se refiere a la cuestión de inteligencia, me parece que la mayoría parlamentaria no debería quedarse a la defensiva y más bien tendría que llevar adelante la creación de una subcomisión de inteligencia (dentro de la Comisión de Defensa) encargada de vigilar, con la reserva del caso, las actividades de dicha naturaleza, como existe en otros países. Mientras tanto, es evidente que la única manera de des-satanizar a Montesinos es que éste se muestre en público (como le recomendó el presidente) y que aclare aspectos importantes que son de justo interés ciudadano. Ello sin perjuicio de que, no tan lejos, el señor Montesinos pase a ocupar un cargo público sujeto a responsabilidad política.

En cuanto al general Hermoza, es evidente que no se entiende por qué resulta indispensable un mismo comandante general que va por el séptimo año sucesivo. Por supuesto que el señor presidente tiene derecho a trabajar con oficiales de su confianza, pero lo que la gente no entiende es por qué resultaría siendo el general Hermoza alguien insustituible en dicho puesto, máxime si la lucha por la pacificación ha ingresado en etapas distintas.

Pero también es pertinente decir que resulta absolutamente desproporcionado ligar el futuro del gobierno a lo que pase con los señores Hermoza y Montesinos, como quiere convencernos la oposición. El fanatismo de algunos los ha obsesionado a tal punto que ya no ven más allá de sus pasiones personales.

Respecto de la enorme agenda política de temas pendientes, el que veo más grave es el asunto

laboral. Existe un fuerte descontento de la masa trabajadora por las nuevas fórmulas de intermediación laboral que recolocan al trabajador como una mercancía. Las evaluaciones constantes en el sector público, seguidas por despidos, causan profundo malestar social; peor aún si las empresas privadas han empezado a hacerlo como una manera de cambiar personal (caro) por otro más barato y más joven. El sindicalismo, aunque no representa más del 10% del empleo, es tratado como algo ajeno. Mientras los empresarios logran reducciones de impuestos y son siempre consultados, con los trabajadores casi no se dialoga y la labor del Ministerio de Trabajo parece ser sólo demostrar que actualmente hay menos huelgas y más servicios inspectivos. Sin embargo, la impresión en las grandes mayorías y en los políticos que no somos ciegos es que por el lado laboral se viene una avalancha que debe ser encauzada antes de que se desborde.

III. ¿Se ha resuelto la pacificación?

La pregunta parece inútil, porque nadie podría contestarla afirmativamente. El gobierno concretamente ha rechazado todo triunfalismo, y reconoce que falta mucho por recorrer. Debiéramos por lo pronto ordenar las ideas en un programa de pacificación que precise metas específicas, tales como las siguientes:

1. Desaparición progresiva de las zonas de emergencia.
2. Readaptación y reinserción de los Comités de Autodefensa.
3. Eliminación de los jueces sin rostro.
4. Juzgamiento de todos los delitos de terrorismo sólo por el fuero común.
5. Reimpulso al programa de los desplazados. Evaluación de nuevas alternativas.
6. Resarcimiento de huérfanos, viudas e inválidos de la guerra interna.
7. Revisión de la legislación antiterrorista.
8. Sistema carcelario y derechos humanos.
9. Redefinición del papel del fuero militar.
10. Justicia alternativa.
11. Emergencias de seguridad ciudadana que impidan los ajusticiamientos populares.
12. Tratamiento de las violencia juveniles, incluyendo la deportiva.

13. Inventario y reconstrucción de infraestructura destruida en la guerra.
14. Revisión de juicios para declarar inocencia allí donde corresponda y con indemnización (sin perjuicio de seguir con los indultos).
15. Educación para la paz en los colegios.
16. Plan de reinserción social de los liberados por cualquier tipo de delito.
17. Evaluación de la influencia de la violencia televisiva en la conducta social.
18. Fortalecimiento de la familia.
19. Voluntariado y tiempo libre.
20. Castigo ejemplificador de la ley y no discriminación.
21. Reforma policial.
22. Participación democrática (aplicación de la Ley de Participación y Control).

Cada punto de los que antecede requiere, naturalmente, un desarrollo que el espacio no permite. Seguramente faltan otros aspectos, pero allí están como bosquejo

Claro, no faltarán quienes digan que reaccionamos como resultado de la toma de la embajada. Ello no debe importarnos. No sólo porque siempre habrá quienes duden de las intenciones del gobierno (los que no pueden ganar los votos para gobernar), sino además por cuanto nada tiene de malo reconocer que la toma de la embajada hizo patente que en pacificación estábamos más atrasados de lo que pensábamos.

Colofón

No podemos hacer más de lo que hacemos en el asunto de la frontera norte, y reinsertado ya el país en el plano financiero internacional con el cierre del Plan Brady, parecería que los grandes problemas del debate político inmediato deberían centrarse en la reforma educativa y la descentralización. Siempre sin perder de vista que hoy por hoy el enemigo más inmediato y más importante del país es el narcotráfico, por lo que si no progresamos rápidamente en la lucha contra el mismo, el fin de siglo nos encontrará, allí sí, en una crisis más difícil que cualquiera precedente.